

cion inmensa, en la que á la par de los gefes del ejército habian entrado muchos personajes civiles, puestos en comunicacion con la isla de Elba, y preparadores de la catástrofe del 20 de marzo. Lejos de reconocer en catástrofe semejante sus desaciertos propios, no veian mas que el crimen de aquellos á quienes dedicaban su odio, y tanto mas difícil era convencerles de lo contrario, es decir, de lo verdadero, cuanto que en este error incurrian los hombres mas sensatos de la corte de Gante, y los políticos mas eminentes de la coalición, tales como el príncipe de Metternich, los condes de Nesselrode y de Pozzo di Borgo, y el duque de Wellington. De este conjunto de ideas, exactas unas, falsas otras, resultaba una especie de programa consistente en necesitarse volver a Francia con un ministerio uniforme, tranquilizar los intereses alarmados, separarse cuanto fuera posible del extranjero, y castigar á algunos delinquentes de viso. Casi todas estas condiciones parecian contenidas implícitamente en el alejamiento de Mr. de Blacas, y en el advenimiento de Mr. de Talleyrand al papel de principal ministro.

No se daría á conocer por completo el estado del espíritu de la corte desterrada, si no se añadiera que allí estaba muy en favor el duque de Otranto. A la par que á Mr. de Talleyrand se atribuía el mérito de haberlo dirigido todo en Viena, á Mr. Fouché se atribuía el de haberlo dirigido todo en París. En Viena se habia reanudado la coalición que habia vencido á Napoleon sobre los campos de Waterloo; pero en París se habia anudado la intriga que, arrancando á Napoleon su abdicacion segunda, habia consumado su ruina. Asi las

cartas de Mr. de Vitrolles como en general los informes de los diversos agentes realistas estaban contestes en atribuir exclusivamente á Mr. Fouché el mérito de esta intriga, y los realistas fogosos, que ya le habian visto de buen ojo antes del 20 de marzo, ahora decian que razon tuvieron para mirarle entonces como al hombre que lo pudiera salvar todo, pues era el mismo que todo lo acababa de salvar actualmente. A esto los espíritus moderados no objetaban nada, y sonaba un coro universal de alabanzas al regicida que acababa de hacer traicion á Napoleon, á quien detestaba profundamente, en interés de los Borbones, á quienes tampoco tenia afecto, si bien temíalos poco, figurábase con su ordinaria fatuidad que los manejaría como á viejos niños. Si se hubiera pedido á aquellos emigrados que aceptaran á tal ó cual hombre de bien, conocido por un amor prudente y templado á la libertad, se les sublevara de seguro, á la par que les parecia el colmo de la habilidad adherirse á un intrigante que por hábil era repütado. Viendo en la revolucion francesa, no ideas grandes y sanas que entresacar de un caos de ideas locas, sino un verdadero desencadenamiento de las potestades infernales, que habia que reprimir á toda costa, no les hacia falta un hombre de luces que supiera separar las ideas buenas de las malas, sino una especie de mágico infernal, aunque estuviese teñido de sangre de reyes, que pudiera contener á aquellas potestades desencadenadas. En realidad no era mas que un intrigante ligero, presuntuoso, inquieto, y no les hubiera convenido menos, aun cuando fuera un facineroso. Y eran personas honradas las que raciocinaban de tal modo. ¡Tanto

arrastra la falta de luces á las cercanías del mal á almas, que, si lo vieran distintamente, se alejaran de allí con horror!

Sin embargo, el tranquilo Luis XVIII por nada entraba en estas agitaciones, en estas injusticias, en estas manías. Ni le parecía que Mr. de Blacas fuera el hombre que le había perdido; ni se le figuraba que Mr. de Talleyrand y Mr. Fouché fueran los hombres que le habían salvado. De ningún modo creía deber su restablecimiento en el trono, ya seguro á sus ojos, ni á las declaraciones de Viena, ni á las intrigas de París, ni aun siquiera á la batalla de Waterloo, sino á su descendencia de Enrique IV y de Luis XIV. No obstante, con su buen sentido habitual otorgaba algún mérito al que había vencido á Napoleón en Waterloo, y así hacia caso de su persona, y miraba con agrado sus benévolas disposiciones, y en cierta medida se hallaba inclinado á seguir sus consejos. Se los había dado el duque de Wellington muy al alma sobre componer un ministerio homogéneo, uno, como se decía entonces, y rehuir la influencia de los príncipes y de los emigrados, y confiar á Mr. de Talleyrand la autoridad principal en el gobierno, y alejar á Mr. de Blacas, no porque fuese delincuente, sino porque era objeto de repulsión universal. Luis XVIII había hallado estos consejos muy sanos, pero el referente al alejamiento de Mr. de Blacas le desagradaba hasta el último punto. Para Luis XVIII el *favoritismo* se reducía á cosa de costumbre: habituado estaba á ver á Mr. de Blacas á su lado, estimaba sus principios, su rectitud, su talento, no le conocía ningún desacierto positivo, y tenía la sagacidad de comprender que los ami-

gos del conde de Artois perseguían en el supuesto favorito al amigo adicto del monarca. Esta era una razón para que se aficionase más á Mr. de Blacas, y para que no se privase de buen grado de sus servicios. Así al parecer se obstinaba en mantenerle cerca de su persona.

Mr. de Talleyrand había dejado á Viena para dirigirse á Bruselas, por la época en que los soberanos abandonaban el congreso con sus ministros, para ponerse á la cabeza de sus huéspedes. Al partir de Viena había Mr. de Talleyrand ostentado suma desafición al mando, hasta el extremo de declarar en alta voz que, si no se le libertaba de los emigrados, ya no aceptaría el puesto de ministro de Luis XVIII; propósito que la coalición le había aprobado en gran manera, como que á la emigración se mostraba muy poco inclinada, y antes bien propendía á condenar sus hechos. Así los más de los coaligados de viso escribieron á la corte de Gante sobre la necesidad de que á Mr. de Talleyrand se guardaran contemplaciones y de seguir estrictamente sus consejos. Llegado Mr. de Talleyrand á Bruselas, no pasó de este punto, y antes de ir al lado del monarca especificó las condiciones bajo las cuales al parecer se estaba generalmente de acuerdo; ministerio uno, alejamiento de las influencias de corte, declaraciones tranquilizadoras á favor de los intereses alarmados, castigo de los reos de la supuesta conspiración bonapartista, y gran cuidado en separar la causa real de la del extranjero. Respecto de este último punto, Mr. de Talleyrand había ideado una combinación extraña y consistente en que Luis XVIII abandonara á Gante con su corte, y se dirigiera á Suiza y entrara en Francia por

el Este, mientras que los soberanos victoriosos entrarán allí por el Norte. Indicadas estas condiciones, Mr. de Talleyrand permaneció en Bruselas, donde al parecer aguardaba á que fuesen admitidas.

Tal era la situación de las cosas en el momento en que, sabedor el duque de Wellington de la abdicación de Napoleon, precipitó su marcha sobre Paris en pos de los prusianos. Con su gran seso inmediatamente vió lo que convenia poner por obra. Aquella lucha entre Luis XVIII y Mr. de Talleyrand parecióle muy intempestiva; y al monarca aconsejó que cediera á lo insinuado por Mr. de Talleyrand en todo, menos en lo de la entrada en Francia por la frontera del Este. Al revés se le figuraba que Luis XVIII debía llegar cuanto antes, á fin de hacer que cesaran en Paris las divagaciones de los ánimos, y promulgar al mismo tiempo una declaracion sumamente clara y positiva, en la que, consignando cómo la última guerra era obra de Napoleon y no de los Borbones, anunciara que por segunda vez se iba á colocar entre Francia y Europa con el fin de pacificarlas de nuevo, en la que tranquilizara á los compradores de bienes nacionales, y prometiera la formacion de un ministerio homogéneo é independiente, la próxima reunion de las Cámaras, y finalmente el castigo de los culpados, reducido á los verdaderos autores de la conspiración que habia producido la vuelta de Napoleon á Francia. Por otra parte el duque de Wellington envió á decir á Mr. de Talleyrand que se diera por satisfecho con estas concesiones, y se juntara cuanto antes á Luis XVIII, y penetrara en Francia por la frontera mas cercana, por la del

Norte, y no por la del Este, situada á demasiada distancia.

Dados estos consejos con toda la autoridad del vencedor de Waterloo, el duque de Wellington partió inmediatamente para ponerse á la cabeza de sus tropas. Llegado cerca de Paris aspiró á hacer que entrara la razon en la cabeza de Blucher, como acababa de aspirar á hacer que entrara en la cabeza de los Borbones y de los emigrados. Se le habia referido que el mariscal Blucher trataba de apoderarse de la persona de Napoleon, y de *desembarazar de ella al mundo*, segun se decia por entonces. Acto continuo el duque de Wellington dirigióle una carta, que ante la posteridad será uno de sus principales títulos de gloria, y cuyo texto decia en sustancia:—La persona de Napoleon no pertenece á vos, ni á mi, sino á nuestros soberanos, que de ella dispondrán en nombre de Europa. Si por acaso necesitaren un verdugo, yo les suplicaré que no fijen en mí sus ojos, y en obsequio de vuestra fama os exhorto á que imiteis mi ejemplo.—Por lo demás la partida de Napoleon, de que aun no tenia noticia, ya iba á disipar todas las dificultades sobre este punto. En seguida ocupóse el duque de Wellington en fijar con Blucher el sistema de operaciones militares que bajo los muros de Paris debia ser ejecutado. Consigo no habian podido llevar los ejércitos inglés y prusiano mas que alrededor de ciento veinte mil hombres, aun cuando con doscientos veinte mil habian abierto la campaña, lo cual demostraba que no les habia costado poco triunfar de los franceses. Ambos formaban una larga columna, cuya cabeza estaba cerca de Paris y tenia la cola en la frontera. No

estando Napoleon alli para sacar provecho de esta imprudente marcha, á la verdad no era el peligro de gran monta; á mayor abundamiento esta mala disposicion corregíase de hora en hora por el esfuerzo de los ingleses para juntarse á los prusianos. Pero ciento veinte mil hombres para forzar al ejército francés bajo Paris eran pocos. La orilla derecha del Sena, que se les presentaba antes, se hallaba fuertemente atrincherada; no lo estaba mas que medianamente la orilla izquierda; pero habia que atravesar el río para ir á intentar al otro lado una operacion dificultosa. No se podian calcular los defensores de la capital en menos de noventa mil hombres, sesenta mil de ellos y aun mas procedentes de Flandes, y los otros consistentes en depósitos, marinos, federados y alumnos de las escuelas. De consiguiente singular temeridad era aspirar á tomar á Paris á viva fuerza, y bajo el aspecto militar y político negociar valia mas á todas luces. De esta suerte se lograria la doble ventaja de no comprometer el triunfo de Waterloo y de no acrecentar la profunda irritacion de los franceses. A la primera vista de las cosas el duque de Wellington no pudo menos de pensar de este modo; pero el mariscal Blucher era de opinion diferente. A la manera que en 1814 queria en 1815 tener el honor de entrar en Paris el primero, y la ventaja de imponer gruesas contribuciones para sus tropas, y aun quizá ir mas lejos, si habia combate. Por fortuna la autoridad del caudillo prusiano no igualaba á la del caudillo británico ni con mucho.

Tales eran las disposiciones de los ánimos asi en Gante como en el cuartel general de los alia-

dos, cuando los comisionados franceses se avistaron con el duque de Wellington á pocas leguas de Paris el 29 de junio por la mañana. Los recibió con suma cortesía, bien que revelando propósitos completamente deliberados. Al pronto parecia dudar de la sinceridad de la abdicacion de Napoleon, y demandaba su persona, de la cual dispondria únicamente Europa, cosa que significaba la imposibilidad de cometer un acto de barbarie, deliberando en comun las potencias. Habiéndole dicho los negociadores que ya debia haber marchado á Rochefort, les contestó el duque de Wellington que detrás quedaba su partido, partido de violencia, con el cual ni Europa ni Francia podian vivir en reposo. Sin dejar de poner grande esmero en repetir que Europa no pensaba mezclarse en el gobierno interior de Francia, bajo la forma de consejo amistoso, bien que positivo, les exhortó á que volviesen á llamar á los Borbones. Por su parte los representantes de la comision ejecutiva, conmemorando que Europa habia prometido no violentar á Francia en la eleccion de su gobierno, se mostraron poco opuestos á la vuelta de los Borbones, y algunos hasta favorables del todo; pero, admitido el principio de su vuelta, á la larga se extendieron acerca de las condiciones. Sobre este punto el duque de Wellington respondió que no convenia hacer pasar al rey por la humillacion de condiciones impuestas; que se debia tener confianza en la Carta de 1814; que con esta Carta se podia ser libre, sabiendo hacer buen uso de ella; que lo que el año anterior habia hecho falta no fué mas que un ministerio uniforme é independiente; que de la manera mas formal habia prometido Luis XVIII for-

mar uno de esta clase, y que sobre esta materia como sobre todas las demás, se obtendrían las satisfacciones razonablemente deseables.

Mr. de Flaugergues, hombre de talento y de opiniones liberales muy pronunciadas, replicó que dudaba mucho de que se pudiera inducir á las Cámaras á aceptar á los Borbones sin condiciones de ninguna especie, é insistió en la necesidad de introducir un cambio en la Carta, cambio relativo á la iniciativa de las Cámaras y muy deseado por entonces. La Carta de 1814 habia rodeado esta iniciativa de grandísimas precauciones, y se creía por aquel tiempo que la influencia de las Cámaras estribaba en la participacion de la iniciativa legislativa con la corona, porque aun no se habia aprendido por experiencia que la tal influencia se ejerce por medio de un ministerio sacado del seno de la mayoría, y que cuando tienen las Cámaras verdaderamente la facultad de conseguir que suba al poder un ministerio semejante, no solo han conquistado la iniciativa legislativa, sino el gobierno todo, á lo menos en la proporcion en que lo pueden ejercer sin peligro. Ignorándose á la sazón esta verdad de bulto, se pugnaba á favor de la iniciativa con una obstinacion pueril, si bien universal. Lord Wellington prometió solicitar esta concesion de Luis XVIII, y aplazó los parlamentos para el siguiente dia. Antes de separarse de la primera conferencia, se le preguntó si un príncipe de la casa de los Borbones que no fuera Luis XVIII, tendría probabilidades de ser acogido por los soberanos aliados, con lo cual se indicaba claramente al duque de Orleans, sin hacer mencion de su nombre. El duque de Wellington respondió que lo pen-

saría despacio, y que sobre este punto se explicaría en la próxima entrevista.

Todo el resto del dia empleó el duque en disponer sus tropas, en ver y hablar al mariscal Blucher con el fin de inculcarle sus ideas, y tanto por la noche como al dia siguiente, platicó una vez y otra con los enviados de la comision ejecutiva. En el intermedio supieron estos señores la partida de Napoleon de una manera segura, y por su parte el duque de Wellington recibió importantísimas noticias de la corte de Gante. Habiendo sorprendido los guardias ingleses á la plaza de Cambrai, allí habia entrado Luis XVIII acompañado de Mr. de Talleyrand, y con fecha del 28 de junio habia publicado la declaracion llamada *de Cambrai*, y que venia á ser como la declaracion de Saint-Ouen de la segunda restauracion de los Borbones. En este documento decia Luis XVIII que, *hallando abierta delante una puerta de su reino*, allí acudia presurosamente, para colocarse por segunda vez entre Europa y Francia, que era el único modo con que *deseaba tomar parte en la guerra*, pues habia prohibido á los príncipes de su familia *aparecer entre las filas de los extrangeros*; que á su primera entrada en Francia halló vivamente excitadas las pasiones; que á moderarlas habia aspirado, tomando la posicion de mediador y de árbitro entre ellas; que en medio de dificultades de toda especie, su gobierno *habia debido cometer faltas*, pero que la experiencia no resultaria perdida; que habia otorgado la Carta, y mantenerla era su designio, *y hasta añadir todas las garantías capaces de asegurar su beneficio*; que *la mas fuerte que podia ofrecer era la unidad del minis-*

terio; que se habia hablado del proyecto de restablecer el diezmo y los derechos feudales, y aun de atentar contra la irrevocabilidad de la venta de los bienes nacionales, pero que estas eran calumnias forjadas por *el enemigo comun*, con el fin de aprovecharse de ellas, pues bastaba leer la Carta para adquirir la certidumbre de que nunca se podia temer tal cosa; que finalmente, al volver entre sus súbditos, de quienes tantas pruebas de amor y de fidelidad habia recibido, formado traia el propósito de olvidar todos los actos cometidos durante la revolucion postrera; que sin embargo, *se habia consumado una traición de que no habia ejemplo en los anales del mundo*; que esta traicion habia hecho correr sangre de franceses, y traído por segunda vez al corazon del país á los extrangeros; *que la dignidad del trono, el interés de Francia y el reposo de Europa*, no permitian que se dejase impune; que los reos de esta horrible trama *serian designados por las Cámaras á la vindicta de las leyes*, y que la justicia pronunciaria el fallo.

Esta declaracion estaba firmada por Luis XVIII y refrendada por Mr. de Talleyrand. Segun se ha visto, allí se hallaban contenidas todas las ideas, que circulaban entonces con boga. En su texto consignaron los moderados la declaracion de las faltas cometidas, el mantenimiento y el desarrollo de la Carta, y las garantías á los compradores de bienes nacionales; prudente Wellington introdujo la unidad del ministerio, y los emigrados puros anunciaron los propósitos de venganza contra los supuestos autores de la conspiracion de la isla de Elba, que no habia consistido más que en las faltas del gobierno de los Borbones y en la ha-

bilidad de Napoleon para aprovecharse de ellas. Estos dos hechos de la partida de Napoleon y de la llegada de Luis XVIII con su manifiesto debia simplificar mucho la tarea del duque de Wellington y de los negociadores del armisticio. Estos anunciaron al duque de Wellington la partida de Napoleon, y ya no habia que tratar de que se efectuase la entrega de su persona. De seguida abordó el duque de Wellington la cuestion referente á la dinastía que se habia de substituir á la de los Bonapartes. No le pareció que se debiera tratar seriamente de la transmision de la corona de Francia á Napoleon II, y únicamente se ocupó de la especie soltada y referente á otro príncipe de la casa de los Borbones que no fuese Luis XVIII. Sin designar á ningun individuo sostuvo que, para el reposo de Francia y de Europa, un monarca cuyos derechos no fuesen disputados valia infinitamente más que un príncipe llamado de fuera de la sucesion regular á la corona; que de fijo este príncipe se mostraria inquieto; emprendedor é inclinado á las acciones de brillo; y que semejante disposicion no era apetecible ni aun para Francia, cuya política no tendria de este modo la calma y la prudencia necesarias. A mayor abundamiento declaró que semejante combinacion no seria admitida, si bien especificando plenamente que ninguna instruccion precisa tenia sobre este asunto, y que solo hablaba á tenor de su convencimiento. Luego añadió que en todo caso, si Francia queria absolutamente á Napoleon II, ó á otro miembro de la familia de los Borbones que no fuese Luis XVIII, Europa se veria obligada á exigir garantías mayores, por ejemplo la ocupacion de algunas plazas fuer-

tes. Esto equivalía á excluir de una manera indirecta, si bien positiva, toda otra eleccion que la de Luis XVIII. En seguida el duque de Wellington mostró el manifiesto de Cambrai, é hizo valer cuanto contenia de ventajoso, como lo pudiera hacer el inglés más versado en el sistema de la monarquía constitucional. Solo opusieron los representantes del gobierno provisional dos objeciones, una relativa á la restriccion puesta al olvido general de los actos y de la opiniones, otra á la convocacion de las Cámaras. En cuanto á la restriccion puesta al general olvido daban muestras de temer que se aplicase á los regicidas, y como á semejanza de todo el mundo estaban persuadidos de la existencia de una conjuracion para traer á Napoleon de la isla de Elba, ni aun siquiera les ocurría sostener que los autores de la tal conjuracion hubiesen de quedar impunes. Bien lejos estaban de sospechar que socolor de perseguir una conspiracion que no habia existido más que en la imaginacion exaltada de los realistas, se vertería la más ilustre y más heroica sangre y se contentaron con la explicacion dada por el duque de Wellington de que tan lejos se hallaban de estar amenazados los regicidas que Luis XVIII habia querido y aun queria elegir á Mr. Fouché por ministro. En esta cuestion llevaba el general inglés una segunda intencion poco digna de su caracter leal y sensato. Hasta cierto punto habia entrado en las ideas de venganza de los realistas, no á semejanza de ellos por saña loca, sino por cálculo generalizadísimo entonces entre los gefes de los coaligados. Efectivamente estos miraban al ejército francés de muy mal ojo, le creian culpable de conspiracion en lo

pasado, no le consideraban incapaz de serlo de igual modo en lo venidero, y juzgaban útil intimidarle con algunos ejemplos de bulto.

Relativa á la convocacion de las Cámaras era la segunda objecion de los comisionados. Al decir el manifiesto de Cambrai que se les someteria la designacion de los reos, que del olvido general debieran ser exceptuados, al parecer se anunciaba la convocacion de Cámaras nuevas, y ellos desearian la conservacion de las Cámaras actuales, como en el año de 1844 se habia efectuado, lo cual en su concepto seria un modo de disponerlas favorablemente. Por dignas de atencion tuvo el duque de Wellington las dos objeciones de los comisionados, y contrajo el empeño de escribir á Mr. de Talleyrand para obtener una redaccion nueva, donde se especificase mejor lo que se entendia por reos en esta coyuntura, y que al hablar de la convocacion de las Cámaras se expresara de modo de no excluir la posibilidad de que continuasen abiertas las actuales.

Discutidos estos puntos, el duque de Wellington declaró que no se celebraria armisticio, sino á condicion de alejar al ejército francés de París, de recibir á los ejércitos inglés y prusiano cuando ménos en los puestos exteriores, y de confiar el servicio interior de la ciudad á la guardia nacional, bajo cuya proteccion se consumarian posteriormente los sucesos deseados. Sin explicarse á las claras sobre el modo con que se podria operar la mutacion del gobierno, el duque de Wellington queria que las tropas extranjeras tuvieran la menor parte que fuese posible, y una vez trasladado el ejército francés más allá del Loira, no admitia mas

intervencion que la de la guardia nacional parisiense. Efectivamente con toda la autoridad de su carácter y de su posicion dijo al fogoso Blucher que era menester dar de mano á la vanagloria de entrar como triunfadores en la capital enemiga, y preferir el resultado útil al resultado halagüeño; que tomar á París á viva fuerza se resentia de dudoso; que además esto equivaldria á humillar á Francia, y á comprometer el porvenir de un gobierno, cuya duracion interesaba á todo el mundo, y que valia cien veces más asistir desde fuera de París á una revolucion pacifica operada por la guardia nacional parisiense, que consumir esta revolucion por sí propios y á continuacion de un asalto.

Asi el alejamiento del ejército francés, París confiado á la guardia nacional, un silencio absoluto con relacion al futuro gobierno de Francia, siempre subentendido el restablecimiento de los Borbones, tales eran las principales bases sobre las cuales pensaba el duque de Wellington que se podia celebrar un armisticio. Asi encargó á los comisionados que lo manifestaran al gobierno provisional, quitándole toda esperanza de alcanzar otras condiciones. Relativamente á este punto, les enseñó una carta de Mrs. de Metternich y de Nesselrode, de fecha de 26 de junio, y escrita despues de tener conocimiento de la abdicacion de Napoleon, por la cual estos ministros recomendaban á los generales aliados que no reconocieran á ninguna de las autoridades aparentes ó verdaderas, que hubieran sucedido al emperador caido, y no interrumpieran las operaciones militares hasta hallarse dentro de París y ser dueños de admitir el único

gobierno aceptable por las potencias. De consiguiente no ofrecia ninguna ventaja aguardar la llegada de los soberanos. Ocioso es añadir que ante semejantes declaraciones era imposible hallar un medio de ajuste en el abandono de las plazas de la frontera. Ni una palabra se dijo sobre tal abandono, por no querer el general inglés á Metz ni á Estrasburgo, sino á París, con el objeto de establecer allí á los Borbones. Lo que acababa de decir á los comisionados, se lo repitió al enviado Macirone y á todos los agentes secretos del duque de Otranto. Sus deseos se cifraban en el restablecimiento de los Borbones con la menor apariencia posible de fuerza extranjera, y con un verdadero régimen constitucional, segun le parecia bueno para Inglaterra. Respecto de lo concerniente á Mr. Fouché en persona, el duque de Wellington repetia que nada mejor deseaban los Borbones que estarle obligados, y darle testimonio de su gratitud de una manera positiva. Mr. de Tayllerand habia sido el hombre de fuera, Mr. Fouché seria el hombre de dentro, y ambos serian tratados como salvadores de la monarquía.

Mientras en el cuartel general del duque de Wellington pasaban estas cosas, descontento el mariscal Blucher de negociaciones de las cuales se hallaba excluido en cierto modo, y que además le habian de privar de entrar en París como triunfante, cuanto le era posible entorpecia las comunicaciones de los comisionados franceses, hasta el punto de costar á estos el mayor trabajo dar parte á monsieur Fouché de sus entrevistas con el duque de Wellington y pedirle nuevas instrucciones. Ni se paraba el mariscal en esto, pues, mientras embara-

zaba las negociaciones cuanto estaba á su alcance, se aplicaba á ver de cortar el nudo con la espada prusiana, trasladándose á la orilla izquierda del Sena. Por este motivo soltó su caballería toda á batir la campaña para posesionarse de los puentes. Los de Sévres, de Saint-Cloud, de Neully se hallaban provistos de obras defensivas, y los de Besons y Chatou incendiados. Desgraciadamente el de Pecq no se habia destruido, á pesar de las órdenes despachadas por el mariscal Davout con este objeto, á causa de la resistencia de algunos vecinos de San German, unos preocupados del interés puramente local, otros de un culpable interés de partido. Así la caballería prusiana cruzó á San German, y de seguida trasladóse á Versailles. Peligros corria sin duda, como se verá pronto, pero conquistado estaba el paso del Sena, y amenazado París por la márgen izquierda, esto es por su parte más flaca.

Dentro de París se aguardaba impacientemente el resultado de las negociaciones entabladas para conseguir un armisticio, y no conocerlo de plano causaba irritacion profunda. Mr. Fouché no lo podia ignorar ciertamente, pues, habiendo logrado el general Tromelin y el agente Macirone cruzar las avanzadas, le llegaron á comunicar lo que el general británico exigia á toda prisa. Pero aun no habian podido penetrar en París los correos de los negociadores, y oficialmente no sabia nada, y de aqui sacaba provecho para no decir á las Cámaras ni lo más leve. Solo se limitó á repetir en torno suyo, que de apuros no se saldria sino admitiendo á los Borbones, sin perjuicio de exigirles condiciones buenas y tranquilizadoras. Tal lenguaje habia ir-

ritado vivamente á los revolucionarios, mucho menos á los liberales, que deseaban la libertad de cualesquiera manos, bien que así en unos como en otros suscitó universales desconfianzas. Como sospechoso, Mr. Fouché se mostraba cada vez mas vacilante, y aunque no veia otro desenlace que los Borbones, no osaba decidirse y aspiraba á valerse del mariscal Davout, que, avalorando mejor que nadie en su calidad de general en jefe la dificultad de hacer frente al enemigo, é impeliéndole su carácter á no ocultar nada, muy capaz era sin duda, y ya lo habia acreditado, de venir á parar atrevidamente en el restablecimiento de los Borbones. Pero en lugar de tratar al mariscal de la manera conveniente, esto es, por la vía franca y honrada, Mr. Fouché asediábale con manejos de todas clases y de continuo le enviaba á Mr. de Vitrolles, para excitarle bajo mano á hacer la declaracion deseada. No era esto portarse de manera propia á salir airoso, y hasta era exponerse á incidentes que todo lo podian comprometer en un puuto. Con efecto, la frecuente presencia de Mr. de Vitrolles al lado del mariscal excitó un incidente que pudo tener las más fatales consecuencias.

Segun se ha visto, la asamblea habia enviado representantes para visitar á las tropas y llevar las proclamas, y consolarlas de la partida de Napoleon I, asegurándoles que se trabajaba á favor de Napoleon II. Dirigiéndose estos representantes al cuartel general del mariscal Davout, establecido en la Villette, allí encontraron á Mr. de Vitrolles, y mostráronse muy sorprendidos de ver en lugar semejante á tan conocido realista, á quién todavia se creia en Vincennes, y con él trabaron

una conversacion degenerada muy pronto en altercado violento, y al mariscal expresaron su asombro, y éste les hizo mal recibimiento, y visitaron á las tropas, que les aplaudieron al oírles hablar de Napoleón II, y luego tornaron á las dos Cámaras, á las cuales comunicaron sus noticias y llenaron de desconfianzas. Al pronto pensaron en denunciar á la comision ejecutiva como en estado de traicion fragante, pero no se atrevieron á dar escándalo de tanto bulto, y se limitaron á señalar una *mano invisible*, que paralizaba la defensa y amenazaba la seguridad de la capital y de los poderes establecidos. Como decian que el ejército extenuado de fatiga no se despertaba sino al nombre de Napoleón II, se oyó decir á muchos representantes: —Sigamos su ejemplo, y gritemos; viva Napoleón II. — Toda la asamblea levantóse en masa, y así renovó sus empeños con la dinastía imperial en la persona del niño prisionero. Mas á las claras se expresaron en el seno de la comision ejecutiva, donde el incidente de la Villette fué asunto de una vivísima escena. Muy agitado Carnot por las circunstancias, y ya dispuesto, por causa de la agitacion misma, á sufrir á los Borbones, ya viendo una traicion en cuanto propendia á su vuelta, se quejó amargamente á Mr. Fouché, de lo que en el cuartel general de Villette habia acontecido. Desde luego preguntó qué hacia Mr. de Vitrolles en lugar semejante, quién le habia restituido la libertad, y con qué objeto se le habia restituido. Mr. Fouché, cuya sangre no bullia á menudo, al fin acabó por arrebatarse á su turno. —¿A quien dirigis vuestras lamentaciones? preguntó á Carnot. ¿Por qué os quejais á todo el mundo de la dificultad de las cir-

cunstancias? Puesto que no sabeis conservar vues-
tra sangre fria, y necesitais pegarla con alguno,
id á atacar al mariscal Davout al frente de sus tro-
pas, y allí encontrareis con quien hablar probable-
mente. Si es á mí á quien mirais de mal ojo, acu-
sadme ante las Cámaras, y allí os daré cumplida
respuesta. — Esta viva réplica no satisfizo á Carnot,
pero le anonadó del todo, porque á semejanza de
sus demás colegas sucumbia bajo lo violento y fal-
so de la situacion de las cosas. No querer ni á Na-
poleón ni á los Borbones era una doble negacion que
venia á parar en la nada. Carnot no tenia por que
acusarse de la primera, si bien obstinarse en la se-
gunda no era digno de su talento ni de su patrio-
tismo.

Ya era menester acabar de todas maneras, y vacilante y todo, conociendo Mr. Fouché mejor que nadie la necesidad de salir de esta situacion peli-
grosa, entre los ejércitos enemigos por una parte,
prontos á atacar á París, y la Cámara de represen-
tantes por otra, pronta á pasar del abatimiento á
las mas locas determinaciones, se resolvió á pro-
mover una conferencia formal con los gefes milita-
res para obligarles á que se explicaran sobre la
cuestion esencial del momento. ¿Se podia ó no se
podia defender á París? Si era posible la defensa,
necesario se hacia pelear á todo trance; si era im-
posible, la rendicion se hacia forzosa. Efectiva-
mente, este era el único modo de salir de tal labe-
rinto, y así bien concebido estaba el paso; pero
faltaba la franqueza que se deberia emplear sin du-
da, y que, abreviando esta dolorosa agonía, á la
par salvara la dignidad de todos, muy comprome-
tida á causa de estas largas tergiversaciones.

Sin embargo, habiendo mejorado las circunstancias bajo ciertos aspectos, la solución imaginada por Mr. Fouché se hizo menos obvia. Realmente, según los partes demasiado alarmantes del mariscal Grouchy, se había creído al ejército que se replegaba sobre París, en derrota é incapaz de cubrir la capital por tanto; y á su vista ya se concibió mejor idea. Intacto se hallaba en su personal y en su material el cuerpo de tropas de Vandamme, bajo las órdenes de Grouchy al principio, é inconsolable de haber estado ausente de Waterloo, nada anhelaba más vivamente que derramar su sangre bajo los muros de la capital de Francia. Aun hallándose menos bien armadas las tropas vueltas de Waterloo, su conjunto habían recuperado y su ardimiento; y descontadas algunas pérdidas sufridas durante la retirada de Laon á París, las dos masas reunidas se elevaban á cincuenta y ocho mil hombres, y nada les igualaba ciertamente en denuedo y en moral energía. Al oír el nombre de Napoleón II entraban en efervescencia, pero cualquiera que fuese el soberano que se les deparara en adelante, se sentían poseídas de cierta especie de rabia á la vista de los prusianos y de los ingleses. En los depósitos replegados sobre París se habían hallado cerca de doce mil hombres, lo cual hacía subir á setenta mil combatientes las tropas de línea disponibles. Bajo el título de tiradores de la guardia nacional se había armado á unos seis mil federados, y si no retuviera al gobierno una desconfianza injusta, bien se hubiera podido armar á otros quince mil por lo menos. Para el servicio de la artillería se contaba con algunos miles de artilleros de marina, con veteranos y con

los alumnos de las escuelas. No era, pues, imposible juntar delante de la capital noventa mil hombres, setenta mil de los cuales estaban acostumbrados al servicio, y á voluntad podían ser conducidos á uno ú otro lado del Sena. Sobre la orilla derecha, esto es, la primera que se presentaba al enemigo, ya estaban terminadas las obras y armadas completamente: por el contrario, sobre la orilla izquierda apenas estaban comenzadas; pero á falta de obras, hacía esta parte había un medio de defensa muy de bulto, el paso del Sena. Con efecto, para que el enemigo operara sobre la orilla izquierda, se necesitaba que empezase por cruzar el río, y de consiguiente se viera obligado á dividirse en dos masas, posición por extremo peligrosa, y de la que ciertamente el general francés no dejara de sacar partido. Maniobrando Napoleón al frente de setenta mil hombres sobre las dos márgenes del Sena, de seguro hiciera sufrir muy mala suerte á uno de los dos ejércitos enemigos, y probablemente á ambos. Y aun sin Napoleón, un hombre tan experimentado y de tanta firmeza como el mariscal Davout, todavía se hallaba en proporción de oponer una fuerte resistencia, á lo menos durante el tiempo todo que solo á los ejércitos del duque de Wellington y del mariscal Blücher tuviera encima.

Sobre la orilla derecha del Sena había dejado el mariscal Davout á las tropas llegadas de Waterloo, estableciendo á Vandamme con el antiguo cuerpo de Grouchy sobre la orilla izquierda, y situando á la Guardia imperial de reserva en el Campo de Marte, con un puente de barcas junto al puente de Jena, para facilitar los movimientos de una orilla á otra. También había asestado una ar-

tillería de grueso calibre sobre las alturas de Anteuil para barrer la llanura de Grenelle, para el caso en que, operando por la orilla izquierda, el enemigo atacara á Vaugirard con fuerza.

Segun se ha visto, del puente de San German se habian apoderado los prusianos, y sobre la orilla izquierda del Sena querian operar con sesenta mil hombres, mientras con cincuenta mil amenazaban los ingleses la orilla derecha. Rápidas marchas, algunos combates, y la ocupacion de muchos puntos á la espalda, ya habian reducido los dos ejércitos invasores á ciento y diez mil combatientes.

¿Y habia probabilidades de defender victoriosamente á París en semejante estado de cosas? Con miras mas determinadas en el gobierno, con algunas precauciones militares añadidas á las ya tomadas, fijamente se detuviera á los ejércitos inglés y prusiano, y aun por su temeridad se les castigara muy gravemente. Tanto las alturas de Montmartre como las de Belleville y Charonne se hallaban en completo estado de defensa; pero debieran tener mejor resguardo las avenidas de la Villette y de la Chapelle, y con especialidad las del canal de San Dionisio. De haberse cuidado mas esta parte de la defensa se biciera impracticable de todo punto un ataque sobre la orilla derecha, de forma de no inspirar ningun sobresalto, con tal de dejar en su custodia á los depósitos, á los tiradores y á los federados. En este caso todos los cincuenta y ocho mil hombres del ejército de Flandes hubieran podido ser trasladados á la orilla izquierda, para oponerse allí al ejército prusiano. Como era indispensable maniostrar sobre este lado, con el fin

de empujar al enemigo hácia el Sena, se necesitaba que fuera posible alejar de Vaugirard y de Montrouge una ó dos leguas, y por tanto que cubrieran á París algunas obras construidas en este punto. Asi es indudable que con algunos complementos de obras fortificadas sobre la orilla derecha, y algunos principios de obras sobre la orilla izquierda, armando además á mayor número de federados, se pudieran dejar á la orilla derecha veinte y cinco mil hombres, y conducir setenta mil á la orilla izquierda para agobiar allí á los prusianos. Derrotados estos al golpe, sin duda los ingleses quedaran expuestos á un desastre.

¿Pero aun asi habia eventualidades de un triunfo sério y verdaderamente saludable para el pais? Doscientos mil enemigos llegaban por el Este, cincuenta mil de ellos á las órdenes del mariscal de Wréde, y que solo distaban ya de París cuatro ó cinco jornadas. ¿Aun tentando un golpe de desesperacion con fortuna, por tomar una señaladísima venganza del desastre de Waterloo, no se corria el riesgo de sucumbir unos cuantos dias mas tarde y todavia mas desastrosamente? Sin duda, si despues de un insigne triunfo se tuviera á Napoleon para sacar fruto del impulso comunicado á las almas, acaso hubiera posibilidad de hacer frente á los coaligados. Pero ya en marcha Napoleon hácia Rochefort, un triunfo bajo los muros de París verosímilmente no produjera otro resultado que irritar mas á la coalicion y empeorar la situacion de los franceses.

Sin embargo, en situacion como la suya por entonces, se concibe la inclinacion á una lucha desesperada, se concibe el anhelo de exponerse á

los mayores peligros, á trueque de descargar sobre los prusianos y los ingleses un golpe mortal que consolará á los franceses del desastre de Waterloo aun cuando á otro dia se hubieran de someter á una suerte mas dura.

Tal era el conflicto con que luchaba el alma del inflexible defensor de Hamburgo, al figurar como defensor de París ahora. Acusar á un hombre de su temple de debilidad ó de cobardía no pasa de ser una locura del espíritu de partido. Perfectamente veía el pró y el contra de la situacion presente, se le alcanzaba la ventaja de tener que habérselas con enemigos divididos entre las dos márgenes del Sena, y no pudiéndose comunicar sino muy difícilmente de una orilla á otra para prestarse mútua ayuda, á la par que, dueño de todos los pasos, el ejército encargado de defender á París siempre se podia lanzar sobre la porcion del ejército aliado que se aventurara á operar sobre la orilla izquierda, y hacerle sufrir un cruel descalabro. Como general sentíase tentado á dar una batalla, que tales eventualidades ofrecia de buen suceso: como ciudadano veía en el caso de una derrota el peligro de París expuesto al furor de la soldadesca prusiana, y aun en el caso de una insigne victoria, su escasísimo resultado para la prosecucion de la resistencia, debiendo llegar sucesivamente doscientos mil coaligados en el espacio de quince ó veinte dias. Asi hallábase perplejo bajo las impresiones del soldado en oposicion de las del ciudadano. Además se encontraba poseido de desconfianza y de enojo respecto de Mr. Fouché, á quien habia ofrecido un medio franco y recto de poner término á la crisis, con hacer á las Cámaras una decla-

cion sincera, y proponerlas el restablecimiento puro y simple de los Borbones bajo condiciones honrosas y tranquilizadoras. Ya es sabido cómo despues de acoger Mr. Fouché tal medio habia dejado que se malograra bajo los mas frivolos pretextos, y á la par que en secreto otorgaba á los agentes realistas todas sus peticiones, públicamente se esforzaba por hacer que sobre el gefe militar cayera la responsabilidad de los sucesos, obligándole á declarar la imposibilidad de la resistencia. De consiguiente el mariscal se hallaba combatido al mismo tiempo en cuanto á la resolucion que debia adoptar por mas conveniente, é irritado de que, en lugar de aceptar el medio sencillo y honroso de hablar á las Cámaras con todas veras, se metia por caminos tortuosos sin cuento, y que, mientras se hacia valer ante los realistas bajo mano, á los ojos de los revolucionarios, de los bonapartistas queria cargar sobre el gefe del ejército de París la negativa á la lucha y la sumision á la voluntad del enemigo.

En semejante disposicion de ánimo se hallaba el mariscal Davout cuando el 4.º de julio por la mañana recibió la invitacion de Mr. Fouché para asistir al seno de la comision ejecutiva, y deliberar allí sobre la grave cuestion relativa á si convenia resistir vigorosamente ó ceder á la voluntad de los generales contrarios. Tratando el mariscal Davout á Mr. Fouché al modo que Mr. Fouché trataba á sus compañeros de comision á menudo, con cierto desden altanero, no se dió mucha prisa á acudir á una sesion en la cual preveia poca formalidad y franqueza. Además, habiendo establecido su cuartel general en Montrouge, se hallaba apli-

cado á situar sus tropas, á velar por que ocuparan los puestos donde habian de sostener la pelea, y asi dedicó la mañana á desempeñar sus funciones de general en jefe mas que las de miembro del gobierno, mirando estas por sí como accesorias. Al notar la comision ejecutiva cuan poco se apresuraba el mariscal Davout á responder al llamamiento de Mr. Fouché, le dirigió en su nombre colectivo la invitacion de presentarse lo mas pronto que le fuera posible, y allá acudió inmediatamente, si bien ya era por la tarde. Además de la comision ejecutiva, se habia citado á los ministros, á los individuos de las mesas de ambas Cámaras, al mariscal Masena, gefe de la guardia nacional de París, al mariscal Soult, al mariscal Lefebvre, á los generales Evain, Decaux, de Ponthon, estos últimos encargados de los servicios de la artillería y de ingenieros. No se habia convocado al mariscal Ney, á causa de haber comprometido mucho su autoridad las palabras que dias atrás habia pronunciado en la Cámara de los pares.

Reunidos ya todos, el duque de Otranto expuso el objeto de la junta, y sin revelar enteramente el resultado de las negociaciones entabladas por Mrs. Boulay de la Meurthe, Andreossy, de Valence, de Flaugergues y de la Besnardiere en el cuartel general del duque de Wellington, no disimuló que los dos generales enemigos se hacian cada vez mas amenazadores; que no mostraban disposicion alguna á celebrar un armisticio, á no ser que se les entregara la ciudad de París, residencia del gobierno, para hacer allí cuanto fuera de su agrado. No se necesitaba de muchos alcances ni de grandes explicaciones para comprender que no se trataba

de entrar á París á sangre y fuego, sino de operar una revolucion en su recinto.

Tras de exponer la cuestion en términos breves, Mr. Fouché aguardó á que se hiciera uso de la palabra, y no atreviéndose nadie á emitir un parecer sobre tan grave materia, se callaron todos. Entonces Mr. Fouché provocó por sí la manifestacion de las opiniones, é interpeló con preferencia á los miembros de la junta, pertenecientes á la Cámara de representantes, por importar mucho comprometerles mas que á todos. Particularmente interpeló á Mr. Clement-des-Doubs, individuo de la mesa de la segunda Cámara, y hombre sincero y considerado (1). Mr. Clement respondió que, siendo militar la cuestion presente, á los gefes de las tropas tocaba dar explicaciones, y al parecer excitó á emitir su dictamen al ilustre Masena. Habiendo visto volver el insigne defensor de Génova con sentimiento el año de 1814 á los Borbones, y el año de 1815 á Napoleon con sentimiento aún mas profundo, muy bien conocia las miserias de la situacion presente, y si todavía deseara tomar alguna parte en los sucesos, sin duda aconsejara ir por la via mas corta y mas recta al resultado que le parecia inevitable, esto es, al restablecimiento de los

(1) La generacion actual ha visto, conocido y respetado, á Mr. Clement, miembro de las Cámaras por espacio de cuarenta años. Con el auxilio de los recuerdos, que habia conservado de esta escena, y que tuvo la bondad de escribir para mi uso, me ha sido posible rectificar la mayor parte de las relaciones contemporáneas. Como se hablaba presente y era veraz hasta lo sumo, y ninguna razon tenia para alterar los hechos, me parece que esta relacion es rigurosamente exacta, y lo mas próxima que es posible á la verdad absoluta.

Borbones. Con voz debilitada, mas por el desaliento que por falta de salud, respondió que por experiencia propia sabia cuanto tiempo se podia mantener una gran ciudad contra un enemigo poderoso: pero que ignoraba los recursos allegados en torno de la capital, y asi no podia fallar sobre la cuestion pendiente con pleno conocimiento de causa.

Esta respuesta apremiaba forzosamente á explicarse al mariscal Davout, ministro de la Guerra y general en jefe del ejército encargado de defender á Paris. Duramente se expresó y con enojo, y de forma de poner de manifiesto que iba dirigido contra el político tortuoso, que en lugar de desenlazar la situacion de una manera sencilla, al parecer se esmeraba en complicarla por gusto.—¿Qué se le preguntaba en tal coyuntura? ¿Se queria saber si cabia dar en torno de Paris una batalla? Pues afirmaba que era posible, y por su parte veia gran probabilidad de triunfo y se hallaba pronto á pelear con energia y confianza. Entonces alegó sus razones como hombre del oficio, que sin estar acostumbrado á hacer uso de la palabra, convenientemente expresaba lo que sabia á fondo. Su discurso hizo grande efecto sobre el ánimo de los circunstantes.—Así, añadió, si se hace reposar únicamente la cuestion sobre la posibilidad de dar y de ganar una batalla, pronto me declaró á darla, y espero ganarla asimismo. Formalmente desmiento á cuantos afirman que yo me niego á combatir por creerlo imposible. Aquí declaró lo contrario, y pido que de mi declaracion se tome nota.—

Aunque Mr. Fouché cambiaba muy poco de color, ahora su rostro se puso más pálido que de costumbre, y embarazado por las frases visible-

mente dirigidas á su persona replicó en tono amargo:—Ofreceis pelear ¿pero podeis acaso responder de vencer?—Sí, repuso el intrépido mariscal, sí, respondo de vencer como no me maten en las dos primeras horas.

Esta mera réplica apuró todavía más á Mr. Fouché, que, no obstante, si estuviera dotado de un talento perspicuo y de un carácter leal, sin vacilaciones llevara la cuestion al terreno en que el mariscal Davout la queria plantear á todas luces. Con efecto, la victoria siempre dudosa, á pesar de las apariencias más favorables, no zanjaba nada, pues llegaban doscientos mil enemigos para conseguir que se volvieran á juntar los restos de los ejércitos inglés y prusiano. Cuando Napoleon el año de 1814 queria en Fontainebleau dar un combate desesperado, de fijo acabara si vencia á los soberanos encerrados en Paris por entonces, á lo menos acabara por mucho tiempo, dado que apenas quedaba nada detrás de los enemigos, á quienes dentro de Paris hubiera abrumado, y en pie se mantuviera y prodigiosamente engrandecido por la victoria. Pero al presente, despues de que Blucher y Wellington fuesen repelidos, á la vuelta de ocho dias fuerza seria pelear con triple número de enemigos, sin tener á Napoleon para dirigir las maniobras. Por consiguiente la batalla no decidia cosa alguna: discutido este punto en las filas del ejército y bajo los muros de Paris y por soldados, una desesperacion noble hiciera que se resolviese la batalla; discutido por ciudadanos, por estadistas, en un consejo de gobierno, se debia desechar como una resolucion generosa sin duda, pero que podia traer las más fatales consecuencias.